

# FUNCION-CONSUMO E INFLACION EN AMERICA LATINA

Por ALFREDO LACUNILLA IÑÁRRITU

EN UN artículo anterior<sup>1</sup> habíamos llegado a ciertas conclusiones preliminares con relación al tipo de perturbación monetaria que padecemos en algunas regiones de América Latina. Estas conclusiones pueden sintetizarse como sigue:

a) la inflación nominalista, que es la imperante, viene a resultar un sustituto anormal para desarrollarnos sin equilibrio, su tipo es regresivo a la larga, pero a la corta, permite inducir un cierto empleo y acumular beneficios en ciertos sectores privilegiados del capital;

b) sin embargo, la dificultad “de base” es una deflación progresiva del poder adquisitivo del dinero, razón por la cual nuestra tasa de interés es excesivamente elevada;

c) en resumen, para sostener el crecimiento económico irregular, frente a una deflación como causa “gruesa” de nuestros desequilibrios —más otros desarreglos debidos a la mala administración de nuestra inflación—, nos vemos obligados a seguir detrás del alza de los precios corrientes y decretar devaluaciones en cascada.

Estas tres posiciones del problema determinan todo un diagnóstico que, de ser en cierto modo correcto, debe explicarnos el tipo de subinflación que padecemos. (La llama-

I mos subinflación porque no maneja y reduce la tasa de interés sino que la eleva, dejando al declinante poder adquisitivo del dinero la tarea de contener la enorme presión de los costos y de conseguir, en alguna forma, la transitabilidad de la economía nacional hacia el mundo exterior.)

Y puestos a investigar esa dificultad gruesa que es la deflación del poder adquisitivo de algunos circulantes debilitados por sucesivas devaluaciones, nos encontramos con la otra mitad del diagnóstico, demasiado bien conocida —falta de capitales propios y abuso de los externos—, sobre cuyo impacto en nuestras economías hemos de estudiar a continuación los consiguientes resultados inmediatos.

Porque si tal es el diagnóstico correcto, la inversa del problema consistirá en buscar las soluciones en torno al eterno problema de nuestra propensión al ahorro y la inversión internas. Item más: en las próximas discusiones de Buenos Aires<sup>2</sup> las decisiones a tomar habrán de estar encaminadas a estimular el ahorro y premiar la inversión, más que a seguir usando los controles y políticas cuantitativos contra un tipo de subinflación que enmascara la deflación real y verdadera en que se desenvuelve nuestro muy irregular progreso económico.

## II

Ahora bien, parece que el mundo había llegado a una conclusión inapelable, a saber: sin incrementos de consumo no ac-

<sup>1</sup> “¿De qué tipo de inflación latinoamericana estamos hablando?” *Comercio Exterior*, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., Vol. XVI, Nº 8, agosto de 1966, pp. 585-589.

<sup>2</sup> Reunión de Trabajo Preparatorio de la IX Reunión Operativa del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, que tendrá lugar el próximo noviembre en la ciudad de Buenos Aires.

túa el acelerador de nuestras economías. Luego, si queremos romper el círculo del estancamiento, hemos de incrementar el consumo en espera de que el ahorro se produzca en las sucesivas vueltas del nuevo ingreso generado merced a cierto déficit o sobregiro monetario a partir del banco central respectivo. Pero si, ya puestos en este camino, resulta que ese ahorro no tiene lugar en esas vueltas segunda y sucesivas del nuevo ingreso y nos vamos de bruces sobre la inflación nominalista porque consumimos tanto como ganamos o en sus alrededores, entonces, una de dos: podemos llamar en nuestro auxilio a la inversión extranjera para que nos colonice a cambio de mantener un cambio estable o podemos, también, aplicar controles de banca central de tipo cuantitativo a la subinflación hasta que las economías nacionales se detengan en espera de que el ahorro y la inflación resurjan de nuevo por opresión del consumo de las clases más débiles de nuestra estructura social. Camino este último que también hemos anatematizado como impracticable en las circunstancias del mundo actual.

Luego, son pocos los pasos que nos quedan para despejar un problema tan complejo. Ya que despejarlo por el lado de la subinflación o por el lado de aplazar el desarrollo en la moneda propia, han dejado de ser motivos practicables de discusión. Y sin embargo, la exploración ha de continuar para encontrar nuevas fuentes de ahorro sin deprimir la propensión al consumo, aunque esto parezca contradictorio y lo sea, aunque sólo a primera vista. Es sabido que la función-consumo o propensión al consumo ha sido precisamente el “ábrete Sésamo” del despegue de nuestras economías subdesarrolladas, como imitación —demasiado servil, como ahora trataremos de probar— del fabuloso repunte obtenido por la economía mundial para salir de la gran depresión de los años treinta. Es decir, sin poner en entredicho la aludida función-consumo, sino haciéndola compatible con nuestras necesidades y exigencias de crecimiento industrial, de lo que se trata es de limpiarla de errores de aplicación. Porque la función-consumo, tal como la venimos utilizando, no siempre corresponde al esquema keynesiano, pues Keynes nunca habló para que lo entendieran nuestras monedas, en las que ha quebrado el principio mediante el cual más dinero en circulación corresponde a menor tasa de interés, siendo así que menos poder adquisitivo es igual a mayor tasa de interés en el mercado de dinero. O sea, que hemos de aceptar algo que Keynes no ignoraba pero que tampoco formaba parte de su farmacopea contradeflacionaria, a saber: en nuestras monedas debilitadas por sucesivas y hasta incontroladas devaluaciones, la tasa del dinero es manejada por el principio cualitativo de la moneda —su poder de compra— y jamás por su principio netamente keynesiano o cuantitativo —la mayor o menor oferta de liquidez. A esto se debe que no es la cantidad de dinero sino la cantidad de ahorro e inversión en la propia moneda —siendo el ahorro otro concepto cualitativo—, lo que debemos incrementar para detener nuestra subinflación. La razón de todo esto es muy estricta: la teoría cuantitativa es un don precioso cuando el dinero tiene alto poder adquisitivo o su pérdida en poder adquisitivo es baja. *Porque, entonces, la tasa “monetaria” y la tasa “natural” son iguales o se parecen como dos gotas de agua.* No hay desprendimientos entre una y otra. Y así, sucedió que mientras el valor intrínseco de la moneda fue elevado se pudo hablar de una teoría cuantitativa regularmente correcta. Cuando fuimos capaces de crear la moneda-crédito o fiduciaria el problema no se alteró, mientras la moneda-crédito siguió siendo convertible a oro. Después vinieron las inflaciones guerreras y las producidas por un consumo sin recuperación; entonces la tasa monetaria se fue por un lado y la natural por el otro. En el caso concreto de América La-

tina es donde se ha venido a descubrir el engaño: nuestras inflaciones han demostrado que no es el flujo cuantitativo en cuanto tal el que domeña a la tasa sino que son el ahorro y el poder adquisitivo los que la mueven. ¿Por qué? Sencillamente: *ahorro y poder adquisitivo representan a la tasa natural; una tasa ligada a la productividad del capital en ejercicio.*

Luego habrá que mover la tasa de interés real con el ahorro y el juego del poder adquisitivo. Que ello supone austeridad en el gasto no recuperable y largueza en el recuperable parece verdad evidente; aunque esto es difícil de predicar y más de ejecutar.

Y, en efecto, lo razonable es pensar que Keynes habló para la libra esterlina y otras monedas duras con defecto transitorio de caja y exceso de bienes y servicios almacenados y sin mercado —que ésa fue la enfermedad de los años treinta en un mundo que intentaba retornar al patrón oro modificado y lo hacía demasiado de prisa y sin darse cuenta de que el oro era ya demasiado escaso y el pie ya no entraba en un zapato que resultaba estrecho. Provocar sin mucho miramiento una expansión de la caja (efectivo) y derramar esa liquidez sobre un mercado con defecto fundamental de demanda y poner en marcha esta demanda vía el consumo indiscriminado, a sabiendas de que los hábitos de clases de consumidores óptimos se preocuparían de ahorrar una parte creciente de los nuevos ingresos hasta pagar el déficit inicial; y todo ello con un alza de precios que se detendría en el momento mismo o en los alrededores de un empleo recompuesto y una existencia en almacén aligerada y normal, tal fue la panacea keynesiana para economías plenas cuyo capital de producción estaba bajo de capital de trabajo por virtud de falsos cálculos derivados de la reintroducción abrupta del oro en el mecanismo internacional de pagos. Por supuesto, el efecto conseguido fue la baja de la tasa de interés conforme la dureza del dinero cedía ante la abundancia artificial de un déficit presupuestal encargado de forzar la demanda y despilfarrar las mercancías sobrantes de una superproducción también artificial. Un *New Deal* que no alteró, sin embargo, el poder adquisitivo de un dinero bueno que utilizó la función-consumo para acelerar la economía y volver alegremente a la prosperidad, a saber: *consumir para ahorrar, en vista de que el consumo crece menos que proporcionalmente al crecimiento del ingreso, por lo que una parte de éste ha de convertirse en ahorro e inversión.*

Algo así como *Vini, vidi, vinci* con César instalado en el solio romano. En efecto, fue una lección magna y la dio un *bon vivant* como Keynes —como no podía ser de otra manera. Situó primero al consumo y después al ahorro y enmendó la plana a los clásicos con una desfachatez inaudita pero plena de acierto. Sólo que se olvidó de decirnos que se trataba de un caso especial y no de una teoría general buena en cualquier tiempo y lugar. Es decir, debió advertirnos que ese juego de la función-consumo no regía más que con las monedas fuertes y con países de alta capitalización previa, a los cuales les hacía falta un riego de liquidez adicional que podía salir de cualquier déficit para ablandar la tasa de interés transitoriamente alzada en el mercado de dinero, así como limpiar la desigualdad superproducción —subempleo, para retornar al empleo suficiente. Una varita mágica que puede aplicarse a la economía de cualquier rico con crédito en los bancos. No se trataba de capitalizar sino de girar contra los antepasados demasiado ahorrativos y amigos de un dinero-oro cuya circulación era ya una “reliquia histó-

rica" auténtica. Había que deshacer el apego a la frugalidad y abstención innecesarias y dañosas del avaro que almacena libras esterlinas y las deja sin invertir porque la inmovilidad del dinero con baja de precios es una ganancia sin riesgo —siendo que la verdadera inversión conlleva riesgo. El grito de Keynes advirtiendo que había llegado la hora del gasto indeterminado sacó al mundo de la parálisis —al tiempo que nos inducía a saber usar del consumo como de un factor de prosperidad inducida. No se ocupó del alza de los precios porque sabía o intuía que el medio de gasto —una moneda devenida fuerte en exceso— podía ablandarse al acelerar la oferta sin caer por eso en la inflación. Jugada genial de un especulador como Keynes que operaba al alza y retiraba a tiempo su ganancia, porque sabía que el alza sólo corregía una baja anterior de tipo artificial por la avaricia del oro devenido históricamente escaso en nuestro mundo moderno.

La perfección suma de la función-consumo en concepto de acelerador ha tenido dos momentos estelares: primero, en cuanto que distribuye y destruye el excedente y, segundo, en cuanto que induce a invertir los nuevos ahorros de la comunidad, puesto que la ley constitutiva del consumo es que sigue de lejos al ingreso nuevo. Con una moneda sólida que pierde poder adquisitivo porque gana aceleración del gasto, mas no tanto que caiga en inflación desbocada, el mito del consumo inflacionario dejaba de serlo. Si, entretanto, existen algunos desequilibrios sectoriales, la buena condición de los ahorradores inveterados del área esterlina se encargaría de ahorrar o gastar de manera que su probidad o egoísmo sería suficiente como para enderezar el timón, sin perder de vista que el sesudo Banco de Inglaterra haría el resto. Es decir, en resumidas cuentas, un milagro transitable.

### III

Y puestos a dotar de elogios merecidos a la función-consumo —sin llegar a la hipérbole de creer en su dogmatismo universal—, veamos ahora de contemplar nuestra resurrección periférica allá por la cuarta década del siglo.

Porque las circunstancias eran más o menos como sigue: también la baja de nuestros productos de exportación era una verdad inequívoca y detrás de ella teníamos una circulación escasa, alta tasa de interés y cierta superproducción engañosa de bienes derivada de una baja exportación durante la gran depresión.

En cambio, nuestra capitalización era raquítica y la producción para uso interno de nivel insignificante. Cuando Keynes hizo el milagro —o la revolución, como se quiera llamarla— y conocimos de la función-consumo en un ambiente deflacionario muy agudo, catastrófico, he aquí cómo todo nos pareció milagroso también a nosotros. Hubimos de crear nuestro déficit presupuestal o crediticio (o ambos, según los casos) y todo fue correctamente adelante en tanto que consumimos y remontamos el defecto deflacionario: los precios se irguieron con la llegada de ingresos suplementarios, por lo menos mientras la demanda extra consumió algunos excedentes dispersos. *Pero el consumo debe ser menos que proporcional al ingreso nuevo y debe ahorrarse esta diferencia, a fin de contener el consumo inmediato e invertir lo ahorrado.* En conjunto, si bien hay una abstención personal

no hay abstención del capital; luego, es evidente que tampoco se da una baja de ingresos, sino todo lo más una derivación del gasto hacia funciones de capitalización y no hacia funciones de consumo sin productividad ulterior; y así sucesivamente.

Ahora bien, volvemos en cierto modo al punto de partida de nuestra pregunta anterior. ¿Es cierto que donde la capitalización no está hecha y es preciso acelerarla, es decir, en nuestros ambientes subdesarrollados, *el consumo nuevo originado por un déficit dado es proporcionalmente declinante para que obtengamos un ahorro invertible de inmediato? Porque si todo el ingreso es consumido y la función consumo-ingreso es la diagonal de la función, ¿de qué modo esta aceleración es la condición del ahorro y de la inversión ex-post que satisface la condición de oferta que compensa la demanda incrementada por el déficit inicial? ¿Estamos seguros de que ahorramos y capitalizamos en la medida que nuestros ingresos monetarios han ido en crescendo bajo el montaje de una serie de déficit y no de uno solo destinado a despegar? El asunto se ha discutido abundantemente, aunque sin poner en tela de juicio lo que ha parecido ser el axioma de la función-consumo, tal como nos la enseñó Keynes y ha formado parte de la estrategia de nuestras economías dinámicas. Sin embargo, es evidente que numerosas capas sociales en los países subdesarrollados consumen sus ingresos íntegros —entre otras razones porque se trata de ingresos bajos y porque sus necesidades sobrepasan sus ingresos y no siempre pueden desahorrar por carecer de reservas y de crédito.*

De donde se infiere que la capacidad de consumo en relación a ingresos depende de dos variables, a saber: un consumo diferido secularmente que no se sacia con cualquier aumento de ingresos y cierta capacidad de endeudamiento que no es sino inflación, puesto que no se gira contra reservas inexistentes.

Luego, conviene replantear el problema en el sentido siguiente: Dada una cierta altura de ingreso igual o relativamente mayor a la altura del consumo puede darse la condición de que el consumo sea menos que proporcional a los ingresos recibidos. Dicho de otra manera: *la función-consumo es solamente válida a partir —y no antes— de una cierta saturación del consumo en situación de progreso del ingreso.* Porque no ahorra el individuo o la clase social que tradicionalmente ha sido pobre hasta la inopia, sino que el ahorro es un estímulo de la relativa abundancia en el presente frente a previsiones que se adquieren en forma relativamente lenta y en un estado de conciencia ajena a la inopia pura.

Mientras hemos consumido artículos remanidos por la deflación anterior y esta bendición ha ejercido su efecto acelerador sobre excedentes por bajos ingresos y no por abundancia real, las condiciones del despegue han sido casi perfectas. Esto podemos referirlo a la década cuarta y hasta quinta del siglo, en cuyo tiempo quedaban entre nosotros algunos capitales huidos de Europa durante los años difíciles de la segunda Guerra Mundial. Es decir, también a nosotros hubo de salvarnos la función-consumo, aunque debemos hacer presente que la masa de ahorros reales y verídicos esperada por la inclinación del consumo hacia abajo no pudo obtenerse en vista de que la propensión al consumo fue igual

a la unidad o superior a ésta, por lo menos en líneas generales, ya que el ahorro logrado se dio siempre de manera parcial y dio origen a los capitales básicos de un despegue irregular pero existente. Entretanto, la función-consumo era el aludido "ábrete Sésamo" del crecimiento con un terrible impacto sobre la importación de bienes y la especulación sobre terrenos y bienes de todas clases, incluidos los suntuarios. En resumidas cuentas: desarrollo con desequilibrio. Dos conceptos que no se excluyen dentro de la economía social. En este desequilibrio no hay realmente un malvado a quién echar la culpa: el consumo diferido se satisfacía hasta un límite que correspondía a la aparición de una clase media que surgía lentamente, sin margen para el ahorro; por su parte, la función-consumo, sólo era parcialmente completa, en vista de que los pueblos pobres no pueden acelerar su crecimiento construyendo pirámides como las del antiguo Egipto —camino que es el de la quiebra. En consecuencia, *el consumo es un acelerador en términos especiales y no entera y completamente generales*, como así sucede todo en la vida. Desde el momento en que el consumo no es menos que proporcional al ingreso recibido la "actividad como tal" deja de ser la panacea: al contrario, puede ser inconveniente en sí.

Es decir, la función-consumo es buena básicamente como acelerador, mas será una función de equilibrio nada más si va unida al ahorro; excepto cuando tengamos delante una sobreinversión o sobreproducción como sucedía en los años treinta. Dicho de otra manera: el dinamismo de la función-consumo deja de ser una condición aislada y válida por sí misma cuando consideramos que también el consumo es una consecuencia del capital y no al revés. Cuando el hombre consumía y no formaba capital la naturaleza se encargaba de proporcionarle los árboles, la pesca y la caza del sustento. En relaciones de producción más complejas, el consumo sigue siendo una consecuencia y no el antecedente "primo" del desarrollo. Imaginamos una función-consumo de tipo dinámico porque el ahorro inducido trae lo demás; pero una vez que lo demás —el capital— se encuentre también en marcha.

#### IV

Sin perjuicio de que otras buenas razones influyan sobre el proceso subinflacionario de América Latina (allí donde tiene lugar, pues no en todos los países existe este fenómeno), ¿hasta qué punto la mil veces alabada función-consumo es principalmente culpable de nuestros desarreglos monetarios? Se trata de aislar la "causa gruesa" para estar en condiciones de atacar el mal por sus raíces y no andarnos por las ramas. En primer lugar, el crecimiento del consumo que no es consumo del capital mismo —en cuyo caso es sagrado— no cumple en América Latina la ley de crecimiento menor que el ingreso y esta diferencia deja por eso de contarse como ahorro que se invierte en nuestra región.

Aunque procedamos a este análisis con elementos incompletos de medición, si ésta es la causa gruesa del fenómeno subinflatorio, sus manifestaciones deben ser evidentes para cualquier observador común. Y en efecto, es evidente que nuestro ahorro es insuficiente; y todo el mundo lo dice, pero es más difícil probar si se trata de un consumo excesivo o si lo que sucede es que el consumo no es excesivo sino que está mal distribuido o tiene mucho de parcialmente innecesario.

En estas alternativas se encuentra el motivo real que genera nuestro diablo suelto o inflación nominal. Hacer alabanza de la función-consumo ¿por qué no? No deseamos derogar un principio incorporado a la economía militante del mundo, por dos razones: es preciso sacar de la miseria a clases sociales retrasadas; y porque de lo que se trata no es de abolir un principio sino de aplicarlo correctamente. Keynes habló para monedas fuertes y pueblos acostumbrados al ahorro; nosotros debemos hablar para pueblos retrasados en su función de consumo y entre monedas depreciadas con escasa capacidad de ahorro. No obstante, es preciso sacar de la función-consumo y de circunstancias de baja capitalización el provecho suficiente como para que dicha función pueda seguir su carrera exitosa; siempre que sepamos distinguir entre la panacea y la medicina para una determinada enfermedad. Esta es la diferencia.

Si el consumo de las regiones de América Latina que sufren los efectos subinflatorios es más que proporcional o igual al incremento del ingreso, de ello se infiere que no hay ahorro suficiente para cebar la inversión. Pero como un incremento dado del consumo es exigencia imprescindible del progreso económico y, en cierta forma, su condición básica, ha de inferirse una distinción que ya venía siendo discutida desde los días de Adam Smith, a saber: son sagrados todos los consumos derivados de la inversión y lo son también aquellos menos que proporcionales al ingreso porque también engendran ahorro; pero en caso como el de América Latina son indeseables o menos deseables todos los demás. En otras palabras: se trata de calificar el consumo de América Latina, tanto personal como gubernamental y también el empresarial. El problema consiste en dejar en vigencia la norma fundamental de la función-consumo, la cual es precisamente aquella que produce ahorro sucesivamente creciente desde y a partir de la segunda vuelta del ingreso nuevo generado por un sobregiro monetario moderado o un déficit de órganos gubernamentales o bancarios con poderes para el efecto. Que América Latina capitalice la inflación: ésta debe ser la regla. Si la inflación es originariamente uno de esos sobregiros monetarios que inicialmente elevan los precios, por lo menos que en la segunda vuelta ese excedente monetario sea compensado por más y más ahorro e inversión. Dicho de otro modo: más y más producción a partir de una misma unidad monetaria añadida a la circulación con propósitos de productividad multiplicada, como luego explicaremos.

Si conocemos aunque sea por aproximación la participación gruesa del consumo mal aplicado y la necesidad de capitalizar los excedentes monetarios en obras de infraestructura o de emprender negocios de inmediata productividad, también podemos maniobrar para cumplir lo que de verdad hay en la función-consumo que rinde ahorros sucesivos.

¿Qué se pretendería en el fondo? Calificar el consumo y tratar de evitar o someter a impuesto los menos deseables, como ya se viene haciendo, pero, además, y esto es lo más importante, proceder a calificar el dinero nuevo del banco central como luego se dirá más por extenso. Una austeridad "inducida", como más adelante veremos, ¿podría formar parte de medidas de banca central e impositivas que conduzcan la economía de América Latina hacia el ahorro-inversión-consumo? El hecho de que se ahorre poco o haya que importar ahorro son estados indeseables de una economía sin austeridad y, en consecuencia, sin vigor. Por su parte, el

impuesto al gusto, aunque necesario, no es la panacea por varias razones: primero, porque traslada el impuesto al consumidor y, segundo, en vista de que sólo puede emplearse en algunos y no en todos los artículos cuyo consumo obstruye y dificulta el ahorro. Un planeamiento de los gastos en América Latina ha de tropezar con dificultades insuperables; pero el arma y la estrategia del dinero "nuevo" del banco central es asunto más decisivo si, al mismo tiempo, el impuesto al gasto y otras medidas entran igualmente en juego.

## V

Una valuación del ahorro en América Latina, en forma desglosada y por capas de población, ha sido formulada aquí y allá y no sistemáticamente. Los sondeos deberían ser continuados por parte de nuestros países. En cuanto a las cifras y porcentajes globales es cierto que abundan con mayor o menor proximidad a la realidad. Hasta puede ser correcto que los porcentajes sean altos con respecto a las cifras del ingreso nacional. Sin embargo, nunca lo serán tanto que cubran la demanda de recursos para inversión en la medida exigida por un desarrollo que ha de ser gigantesco o carece de la verdadera eficacia.

Determinar por medio de gráficas los grupos sociales en los cuales la función-consumo tiene su característica positiva, es decir, cuando este consumo es proporcionalmente menor a su ingreso-productividad, conforme avanza su tiempo de desarrollo, ha de ser un trabajo en el cual las mediciones realizadas y que se realicen tendrán en cuenta el grado de necesidades que es preciso despejar dada la tremenda velocidad de crecimiento que se exige a nuestro mundo latinoamericano. Porque cualquier tasa dada de ahorro es satisfactoria cuando es reducida la velocidad del crecimiento; pero nosotros hemos de manejar supuestos mayores que los habituales en países de alta capitalización histórica y tendencia baja al ahorro. Por otro lado, la composición social de nuestras poblaciones es tanto más retrasada cuanto que es mayor el consumo diferido que hemos de rellenar antes de hacer ahorros suficientes.

## VI

Las ideas centrales para administrar un margen inflacionario o sobregiro monetario (dinero nuevo del banco central) que se induzca directamente como ahorro —sin serlo de momento— mediante un circuito privilegiado de inversión-reinversión forzosa en aspectos de alta productividad industrial o trabajos rentables de infraestructura, el autor de este artículo las ha expuesto en diversos textos.<sup>3</sup>

Se trataría de un tipo de ahorro *ex-post*, es decir, nacido en la segunda y sucesivas vueltas de su reinversión inducida

<sup>3</sup> *Dinero y Capital, dos temas sobre administración del margen inflacionario*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961; "Esquema para un banco central", *Investigación Económica*, UNAM, México, primer trimestre de 1963; "Circuitos de Reinversión", *Técnicas Financieras*, CEMLA, México, julio-agosto de 1966.

y obligatoria mediante procedimiento seguido por todos los capitales que han crecido bajo el orden de la reinversión constante o relativamente permanente; pero se puede adaptar a los actos de cualquier banco central y hacerlo de acuerdo con un plan de sencilla aplicación.

La teoría en que se basa este procedimiento es tan vieja como el mundo: la unidad monetaria utilizada en consumo no recuperativo permanece en la circulación mientras que el bien consumido vuelve al no-ser. Dado el supuesto de que a esa unidad se la ceba con otro consumo no hay inflación; pero si no es así puede ocurrir inflación cuando hay una unidad más en circulación y una menos de bienes y/o servicios. La razón de este juego consiste en que la unidad de consumo es un producto del capital que la crea para el mercado. Luego el capital es primero que la unidad de consumo; y lo es cronológicamente hablando y cronológicamente de "facto".

Ahora bien, suponiendo que la unidad monetaria la podemos crear por anticipado a la del bien de consumo, pondremos delante la unidad monetaria a la unidad de consumo por crear, con cierta incidencia inflatoria; pero si esa unidad monetaria no la aplicamos al gasto irrecuperativo sino al de producción continua —por vía del capital constante— y una sola unidad constante produce desde dos hasta  $n$  unidades de consumo o de capital, sin salirse por "un tiempo" de su función reproductiva, la curva inflatoria inicial debe ser alcanzada a la segunda o tercera vuelta productivas. Y así sucesivamente, porque creamos capital que produce nuevo capital y nuevos bienes y posibilitamos a la función-consumo a mantenerse enhiesta como acelerador de la economía. Y esto lo hemos logrado sin ahorro *ex-ante*, o sea sin necesidad de deprimir el ingreso para consumo de las poblaciones cuyo desarrollo no ha alcanzado el consumo medio de nuestras clases ahorradoras.

La aplicación de esta teoría y procedimiento a los afanes de América Latina por industrializarse no es una panacea, pero sí un añadido más al ahorro relativo que genera su constitución pre-capitalista desenvolviéndose hacia el alto capitalismo. Mientras el procedimiento antiguo consistía en oprimir al trabajo, para que entre su producto y su consumo quedase un margen que la clase dominante invirtiera a su favor (más considerando que América Latina carece de momento de ingresos suficientes para dedicar un margen de ellos al ahorro), ¿por qué no crearlos sin aventarlos a los bolsillos privados sin ulterior destino planeado?

Nuestra teoría exige que todo o parte del dinero "nuevo" del banco central no ha de ser de nadie más que de aquellas funciones que sean útiles a la comunidad con cuyo crédito se emite. De acuerdo con esta teoría la banca central viene obligada a darle el uso colectivo (reproductivo) y no particular que un medio de cambio nacido por vía colectiva está exigiendo.

¿Finalidad de este procedimiento y su teoría? No deprimir la iniciativa industrial allí donde existe; no entregar los fines sociales a la rebatiña privada, sino para beneficio común; por último, inducir a que la función-consumo no sea un vicio de explotación ni un agente de inflaciones desatadas y especulativamente negativas, sino de planeación industrial y fomento general.